



La Vocación

Por Mariana Hernández Luna

“Dios actúa de formas misteriosas” escuché decir muchas veces y, la verdad, nunca entendí a ciencia cierta a qué se referían; a veces me parecía que en realidad Dios no tenía ni la menor idea de qué hacer conmigo o de qué camino mostrarme. Sin embargo, los años nos dan, si no sabiduría, al menos sí experiencia. Luego de ir y venir, de buscar y no encontrar, pese a los éxitos profesionales obtenidos en tierra ajena, el corazón se sentía insatisfecho y me apremiaba la necesidad de encontrar un empleo, pues recientemente había abandonado uno, que si bien tenía posibles expectativas de ser remunerado excelentemente a futuro y de retribuirme logros profesionales, no me satisfacía en lo absoluto. Entonces acudí a buscar a su trabajo a mi amigo Pepe, con la intención de que me ayudase a encontrar algún empleo que me satisficiera. Tenía varios años sin verle y supe que trabajaba en una escuela secundaria, un colegio católico privado en Torreón.

A mi amigo Pepe no pude verle en el momento que llegué, porque estaba en clase y no podía interrumpírsele; me entrevisté con el profesor Roberto, director de la escuela, y le entregué mi currículum, me hizo dos o tres preguntas y volví a mi casa al borde de la derrota. No bien habían transcurrido 30 minutos cuando recibí una llamada al celular, era mi amigo Pepe, eufórico, diciéndome que recién se había enterado de que había ido a visitarle –¡después de tanto tiempo sin vernos!– y que estaba hablándome desde la oficina del director, era imprescindible que me presentara al día siguiente –¡jueves– para conversar sobre las posibilidades de mi ingreso al Colegio. De más está decir que, luego de semejante sorpresa, al día siguiente fui puntual en mi cita. Jamás supuse siquiera que aquella llamada habría de ser principio de tan buenos augurios. Pasé frente a una imagen de la Virgen de La Luz, en el lobby de la escuela, y después platicué con el director, Hilda -la psicóloga- y con Pepe. Luego de una exhaustiva revisión de mi currículum, de una panorámica muy general sobre la forma de trabajo, misión de la escuela, sueldo y prestaciones, me pidieron presentarme -el lunes siguiente- a iniciar mi trabajo como docente en el Colegio para impartir las clases de Taller de Lectura y Redacción, en primero y segundo; así como de Español en tercero.

Desde entonces hasta ahora, han pasado ya casi cinco años. Cinco años de aprendizaje cotidiano, de sinsabores, de grandes e inesperadas alegrías, de descubrimientos permanentes; de, sobre todas las cosas y lo más importante, reencontrarme con mi verdadera vocación. Por herencia me habían predicho ser maestra algún día y, como cualquier joven indolente y renegado, desestimé la posibilidad

de serlo. Ahora puedo decir, con toda la certeza del mundo, que la vocación generalmente se descubre, que muy pocas veces se nace sabiéndola. Para mí tuvieron que pasar muchos, muchos años y muchas experiencias profesionales para comprender y admitir que desde siempre, mis deseos de cambiar el mundo estuvieron ligados a la docencia. Porque, ahora estoy convencida de que la mejor manera de cambiar al mundo es transmitiendo a las nuevas generaciones que la mejor vía, la más sana y legal es la del estudio, la de la educación, y más allá, la del conocimiento, la de la Verdad, la de la virtud, la de la búsqueda del Bien y del reencuentro con uno mismo.



Descubrir mi verdadera, mi auténtica vocación no sólo me ha traído enormes e inimaginables aventuras, me ha dado muchos abrazos, muchas palabras maravillosas, miles de arrepentimientos y momentos desagradables, así como de muchísimas esperanzas en el futuro cuando todo parecía ser caótico o irremediable. Me ha hecho repensar en la responsabilidad que tenemos los maestros que trabajamos en cualquier tipo y nivel de escuela, en la pura y llana responsabilidad que todos adquirimos cuando nos convertimos en adultos. En que, por gracia divina –si quieren creer en Dios– somos guías de muchos niños y jóvenes que seguirán nuestro ejemplo, seamos responsables, flojos, sonrientes, contradictorios, amargados o lo que queramos ser. Lamentablemente, también he aprendido que, por desgracia, es la educación el menor de los bienes deseados en una sociedad que procura mantener el control de sus integrantes, una sociedad que quiere mantenerlos alienados para poder someterlos, una sociedad que procura el dinero antes que el conocimiento.

Es, precisamente la educación, así como el arte, uno de los bienes humanos que abren puertas inconmensurables para el conocimiento individual, abren caminos insospechados para SER, para encontrarnos a nosotros mismos y para procurar, en consecuencia, la construcción de una mejor sociedad, aunque no traigan mucho dinero consigo; porque indudablemente estaremos de acuerdo, la actual sociedad es insegura, insatisfactoria e inequitativa y tal vez, uno de los tantos caminos posibles para cambiarla es la educación, he ahí, una gran, gran responsabilidad para quienes nos atrevemos a decir que somos MAESTROS: procurar la construcción de una mejor sociedad, o al menos, admitir que la actual no es la mejor y que debe modificarse.

REGALOS **el árbol de PAPEL**

Hidalgo y Leona Vicario.
San Pedro, Coah.

Nuestros clientes:



Leonardo Cruz Fernández



Keyla Abigail Avila Olvera